

ALTHUSSER Y LA RUE D'ULM

En el momento en el que, no sin vacilaciones y demoras, me propuse escribir este obituario de Louis Althusser para los alumnos de la École Normale Supérieure en 1993, casi tres años después de la muerte del pensador¹, la imagen mediática de nuestro compañero conocía una nueva peripecia que, probablemente, no será la última: la publicación de dos textos autobiográficos volvió a suscitar la atención, no exenta de estruendo, sobre el destino del «caïman de la rue d'Ulm»². Esa curiosidad por un hombre que parecía olvidado, cuyos escritos eran casi en su totalidad imposibles de encontrar, coincidió sin duda con el levantamiento de ciertos tabúes y el final de un periodo de latencia. Althusser había sido célebre dos veces: la primera en las décadas de los sesenta y setenta, en tanto que filósofo marxista y, junto a Lévi-Strauss, Lacan, Foucault y Barthes, una figura emblemática del «estructuralismo francés»; y la segunda, durante unas semanas de finales de 1980, como el desgraciado y escandaloso protagonista de un inesperado *fait divers*, el asesinato de su mujer Hélène, dentro de los muros de la École. En 1993 parecía que había pasado el tiempo suficiente para que el interés y la nostalgia volvieran a aparecer, junto a la necesidad de explicar acontecimientos que ahora pertenecían a la historia.

No obstante, no estaba claro si ese tipo de curiosidad podía conducir a una comprensión lúcida de la personalidad y del papel intelectual de Althusser. Desde luego, no es posible ni deseable que haya unanimidad sobre tales asuntos; pero cabría esperar que al menos fueran discutidos a partir de los hechos disponibles y de juicios independientes entre sí. El periodo de la escritura, cuando todavía se podía acceder al testimonio de va-

¹ El presente trabajo es una adaptación de un obituario para Louis Althusser, escrito a petición de Jean Châtelet, de la Association de Secours des Anciens Elèves de l'École Normale Supérieure. Fue publicado originalmente en 1993 en el *Annuaire* de la Asociación, y en 2006 apareció una edición anotada por el autor en el sitio web del Centre International d'Étude de la Philosophie Française Contemporaine.

² «L'avenir dure longtemps» y «Les faits», escritos, respectivamente, en 1985 y 1976, fueron publicados como *L'avenir dure longtemps suivi de Les Faits*, París, 1992 (ed. cast.: *El porvenir es largo*, Barcelona, Destino, 1992). En lo que sigue me baso en el primer volumen de la biografía escrita por Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser, une biographie*, París, 1992.

rias generaciones de colegas, estudiantes, camaradas, interlocutores, amigos y adversarios de Althusser, parecía un momento favorable para arrojar luz, no sólo sobre el destino de un hombre, con independencia de lo excepcional o anormal que su carácter haya podido parecer, sino sobre las instituciones y organizaciones a las cuales su existencia estuvo tan estrechamente vinculada³.

Así pues, quisiera aclarar desde un principio lo que esta «nota» no será: ni un testimonio personal, que habría estado fuera de lugar en el *Annuaire* y habría exigido más espacio; ni una biografía destinada a complementar, confirmar o corregir los textos recientemente publicados, algo para lo cual no estaba cualificado; ni una presentación formal de la obra teórica de Althusser; ni, por último, un análisis detallado del papel que, durante más de treinta años, desempeñó en la vida de la École y, a su vez, la que ésta desempeñó en su vida. Antes bien, se presenta como un recordatorio de los hechos, seguido de algunas reflexiones e hipótesis.

Carrera

Nacido el 16 de octubre de 1918 en Birmandreis, una localidad de la periferia de Argel, en una familia de empleados y de pequeños funcionarios –su padre, Charles Althusser, terminará su carrera, desempeñada fundamentalmente en el norte de África, como director de la sucursal marsellesa de la Compagnie Algérienne de Banque–, Louis Althusser fue al liceo en Marsella, y preparó el examen de ingreso en la ENS en la *khâgne* de Lyon, donde tendrá como profesores, entre los más destacados, a Jean Guittou y Jean Lacroix, para Filosofía, y Joseph Hours para Historia. Por su propio testimonio sabemos que esos tres maestros de la escuela pública, representantes de distintas tendencias del pensamiento católico, ejercieron una profunda influencia en su formación intelectual. Admitido en la convocatoria de 1939, Althusser fue movilizado antes del comienzo del año académico. Fue hecho prisionero con su regimiento de artillería en Bretaña y enviado a un campo de prisioneros en Alemania –Stalag XA, en Schleswig-Holstein– en el que pasará el resto de la guerra. Volvió a sus estudios en octubre de 1945, tras algunos meses de incertidumbre, en los que parece que Jean Baillou, entonces subdirector de la École, contribu-

³ Los archivos personales de Althusser –manuscritos, correspondencia, cursos grabados, dossieres administrativos, etc.– fueron depositados por sus herederos en el Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC), en St. Germain-La-Blanche-Herbe. A ese material se añadieron contribuciones de numerosas personas que conocieron o colaboraron con Althusser, en Francia y en el extranjero, para crear un «fondo Althusser» a disposición de los investigadores. Aprovecho la ocasión para corregir una idea equivocada que ha causado conmoción en algunos de nuestros colegas: la École no se negó a albergar un Fondo Althusser. En cualquier caso, no habría tenido la oportunidad, puesto que las negociaciones entre el IMEC y los herederos de Althusser terminaron antes de que las discusiones entre estos últimos y la biblioteca de la ENS hubieran llegado a algo más que un estadio exploratorio.

yó a tranquilizarle sobre la posibilidad de superar aquella terrible «interrupción» de seis años. Althusser obtuvo su *diplôme d'études supérieures* con una memoria sobre «La noción de contenido en la filosofía de Hegel», dirigida por Gaston Bachelard, obteniendo el segundo puesto en la *agrégation* de 1948. Una estrecha amistad y connivencia intelectual le une entonces a Jacques Martin (promoción de 1941, traductor de Hegel y Hermann Hesse, que se suicidó en 1963) y a Michel Foucault (promoción de 1946).

Ese mismo año es nombrado *caïman* de filosofía, sucediendo a Georges Gusdorf. Ocupará ese puesto sin interrupción hasta 1980, con el grado de *agrégé-répétiteur*, y luego *maître-assistant* y *maître de conférences*, primero solo y luego con Jacques Derrida y Bernard Pautrat. Desde 1950 fue también secretario del Departamento de Humanidades de la École y, en calidad de tal participará activamente, junto a los sucesivos directores, en la gestión y la orientación de la institución⁴. En 1975, defendió una tesis de *doctorat d'État* en la Universidad de Picardie ante un tribunal compuesto por Bernard Rousset, Yvon Belaval, Madeleine Barthélémy-Madaule, Jacques D'Hondt y Pierre Vilar⁵. Después del asesinato de su mujer, que tuvo lugar el 16 de noviembre de 1980, el *non lieu* judicial, pronunciado en aplicación del artículo 64 del Código penal tras el informe psiquiátrico de los doctores Brion, Diederich y Ropert, y de la orden de internamiento solicitada por la prefectura de policía, es suspendido en sus funciones docentes. La administración de la École solicitará entonces a sus allegados que vacíen el apartamento que había ocupado durante más de veinte años en la esquina suroeste de la planta abaja del edificio principal, enfrente de la enfermería, en la que residía su amigo el Dr. Étienne.

Los últimos diez años de la vida de Althusser transcurrieron en diferentes instituciones psiquiátricas –el Hôpital Sainte-Anne; el hospital «L'eau vive» del distrito 13 en Soisy-sur-Seyne; el centro Marcel Rivière en La Verrière– al principio bajo un régimen de detención administrativa y luego como paciente voluntario, y en el apartamento que había comprado para ocuparlo tras la jubilación, en la rue Lucien Leuwen, en el distrito 20, donde residirá sobre todo durante una larga temporada ininterrumpida desde 1984 a 1986. Atendido por varios médicos, tan sólo recibirá la visita de algunos amigos, viejos o nuevos, pero nunca se quedará solo. Michelle Loi y Stanislas Breton, en particular, asumirán la tarea de asegurar una presencia continua a su lado.

Estos datos bastan para dar una idea de la estrechez del vínculo –que presenta muchos aspectos problemáticos– entre Althusser y la École. Ese vínculo

⁴ El Fondo Althusser contiene toda una serie de notas tomadas tanto en los consejos «pequeños» como en los «grandes» de la École, lo que sin duda constituye una fuente de primera importancia para los futuros historiadores de la École en los años de posguerra.

⁵ Véase la «Soutenance d'Amiens», recogida en *Positions*, París, 1976 [ed. cast.: *La soledad de Maquiavelo. Marx, Maquiavelo, Spinoza, Lenin*, trad. de Carlos Prieto del Campo y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid, Ediciones Akal, 2008].

lo, tanto «físico» como «moral», es probablemente único en la historia de la ENS, incluso si tenemos en cuenta el caso de Lucien Herr —con el que se ha comparado a menudo a Althusser, aunque aquel nunca vivió en el edificio—, o los de algunos grandes directores de los laboratorios científicos, como Rocard, Kirmann, Kastler o Brossel.

Profesor

Procediendo con orden, insistiré en primer lugar en la continuidad del trabajo del Althusser con sus estudiantes de filosofía. Encargado oficialmente de la preparación para la *agrégation*, a la que siempre aportó una atención particular, sus relaciones con ellos —en opinión de sus antiguos alumnos— sólo llegaban a ser verdaderamente estrechas el último año. La influencia que ejerció en las sucesivas promociones, hasta principios de la década de los sesenta, pasó esencialmente por correcciones, clases de repaso, conversaciones que constituían una especie de «tutoría» de tipo inglés y, por último, los cursos, excepcionalmente claros y densos, minuciosamente preparados, sobre los autores del programa y sus filósofos predilectos (principalmente Maquiavelo, Malebranche, Hobbes, Spinoza, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel, Feuerbach)⁶. Las trayectorias tan diferentes que emprendieron sus estudiantes, de los que no pocos hoy forman parte de los grandes nombres de la universidad y de la filosofía francesa contemporáneas, dan fe por sí solas de la fertilidad de su enseñanza y de la libertad intelectual que ésta procuraba.

A partir de los años sesenta, sin abandonar en ningún momento ese trabajo de base, se añadió un nuevo elemento, de carácter bastante diferente. Habiendo comenzado a dar a conocer sus propios trabajos —sobre Montesquieu, en 1959, Feuerbach en 1960, los ensayos «Sobre el joven Marx» y «Contradicción y sobredeterminación» en 1961 y 1962, así como «Filosofía y ciencias humanas», en 1963⁷—, Althusser recibe la invitación de sus alumnos filósofos de diferentes promociones para que organice un curso abierto a un público más amplio. Lo hizo en forma de *seminarios*, en los que sólo intervenía en tanto que *primus inter pares*, pero cuyo impacto sería decisivo para toda una generación. La serie comenzó en 1961-1962 con «El joven Marx», y continuó en 1962-1963 con «Los orígenes del estructuralismo», en

⁶ Es posible hacerse una idea de las conferencias a partir del ensayo acerca de Rousseau, «Sur le *Contrat social* (les Décalages)», editado con esmero pero muy fiel a la conferencia en la que se basa, que fue publicado en *Cahiers pour l'analyse* 8 (otoño de 1967), [ed. cast.: *La soledad de Maquiavelo*, cit.], y en particular a partir del volumen editado por François Matheron: Louis Althusser, *Politique et Histoire de Machiavel à Marx. Cours à l'École Normale Supérieure, 1955-1972*, París, 2006.

⁷ Véase Montesquieu, *la política y la historia*, Barcelona, Ariel, 1979. La presentación que acompaña su traducción de los *Manifiestos filosóficos* de Feuerbach, y los ensayos «Sobre el joven Marx» y «Contradicción y sobredeterminación», publicados en *La revolución teórica de Marx*, México DF, Siglo XXI, 1985.

1963-1964 con «Lacan y el psicoanálisis» y culminó en 1964-1965 con «Para leer *El capital*», base de la obra colectiva del mismo título. En ese punto, la situación cambió de nuevo: en el transcurso de unos meses, Althusser se hizo famoso y pasó a ser el inspirador de una «escuela» filosófica, efímera a decir verdad, pero que dio lugar también a violentas polémicas políticas; no tardó en abandonar este tipo de actividad en beneficio de otras iniciativas. Desde antes de 1968, y *a fortiori* después, volvió a una preparación más tradicional de los estudiantes de la *agrégation* (cursos limitados en el tiempo y, cada vez más, a causa de su enfermedad, la mera corrección de exámenes)⁸.

Un segundo aspecto de la actividad de Althusser en la École estaba vinculado al primero: el de un verdadero director de los estudios de filosofía, unas veces en solitario y otras junto a dos excepcionales colaboradores y amigos: el director de la escuela, Jean Hyppolite, y luego su colega, Jacques Derrida⁹. En un periodo en el que la École (o al menos la École Littéraire) no seguía siendo oficialmente más que un internado provisto de una biblioteca y dedicado a la preparación del concurso de *agrégation*, Althusser intentó desarrollar, mediante conferencias y seminarios, una verdadera formación para la investigación y una «vida» filosófica propia¹⁰. Las cuestiones abordadas abarcaban desde la historia de la filosofía y la epistemología a la estética, la lingüística y la sociología. Particularmente consciente de la importancia de las «ciencias humanas», pero adversario declarado del positivismo, interviniendo sin ambages en los episodios contemporáneos del *Methodenstreit*, Althusser vio en el mantenimiento de relaciones estrechas entre esas disciplinas y la filosofía una doble garantía de realismo para esta última y de resistencia frente a su propio imperialismo tecnocrático para las primeras. Esa actividad de organización aspiraba a hacer de la École un lugar de animación de la filosofía «viva», no «académica», sino abierta a las discusiones internacionales; no contra la universidad, de la que procedían todas aquellas contribuciones, sino junto a ésta, y con mayor libertad que en algunas de sus estructuras: llegó a serlo en buena medida durante varios años. Sin negar la importancia de otras contribuciones, es preciso hacer mención del papel que desempeñó Althu-

⁸ Se ha dicho —por regla general por boca de aquéllos que ignoran los detalles cronológicos y sintomáticos— que durante mucho tiempo la École «protegió» a Althusser, ya fuera tolerando sus ausencias no justificadas, o haciendo la vista gorda ante su comportamiento patológico. Lo cierto es que la simpatía general que Althusser suscitaba en la École aseguró una cierta discreción —que no es lo mismo que el secreto— respecto a las crisis depresivas que su sentido de la dignidad le llevaba a no hacer públicas. Por lo demás, sus obligaciones como profesor, lejos de parecer una carga, eran sin duda para él una fuente de placer y un factor de estabilidad; podían ser pospuestas hasta mejor ocasión, mientras que sus responsabilidades administrativas eran compartidas o delegadas cuando estaba de baja.

⁹ Otra colaboración memorable fue con el lógico Roger Martin, el bibliotecario de la École, que continuó tras el traslado de Martin a la Universidad París V.

¹⁰ Entre los conferenciantes a los que invitó, o cuyas visitas organizó a petición de sus estudiantes, se incluyen los nombres de Gueroult, Canguilhem y Beaufret, de Gandillac, Vuillemin, Granger, Laplanche, Birault, Aubenque, Derathé, Culioli, Foucault, Serres, Vernant, Bourdieu, Bettelheim, Guillermit, Stanislas Breton, Deleuze, Passeron, Touraine, Meillassoux, Brunschwig, Teysseïre, Matheron, Pessel, Joly, Bouveresse, Raymond, Negri y Linhart.

sser en la invitación a Lacan para que continuara en la École, a partir de 1964, su seminario de psicoanálisis.

Hay un tercer aspecto de la actividad pedagógica de Althusser, en el más amplio sentido de la palabra, sobre el cual es sumamente importante insistir, en la medida en que atañe a una vocación de la École que corre el riesgo de ser olvidada tanto por los estudiantes como por los profesores, o de verse amenazada por la atmósfera de los tiempos. Se trataba de la organización sistemática de oportunidades para el encuentro y el intercambio intelectuales –de una formación común– para los estudiantes de «humanidades» así como de «ciencias». No causa sorpresa que el impulso de la misma procediera de un filósofo, aunque no cabe duda de que nada se habría conseguido sin las demandas, el interés y la colaboración de profesores, investigadores y estudiantes de otras disciplinas. Por otra parte, a este respecto Althusser no hacía sino seguir, a su manera, el camino marcado por Hyppolite. Entre las iniciativas que emprendió se cuentan las conferencias sobre matemática pura para estudiantes de «humanidades» y, sobre todo, el «Curso de filosofía para científicos» de 1967-1968, que dirigió con la ayuda de un grupo de sus antiguos estudiantes (Pierre Macherey, Étienne Balibar, François Regnault, Michel Pêcheux y Alain Badiou, así como Michel Fichant, un estudiante de Canguilhem en la Sorbona), y que, hasta los «acontecimientos de mayo», atrajo a un numeroso público en la Salle Dusanne, procedente tanto de la propia École como del exterior¹¹. Unos años más tarde, Althusser fue el alma impulsora del seminario «Filosofía y matemáticas», dirigido por Maurice Loi en colaboración con Maurice Caveing, Pierre Cartier y René Thom, que continúa a día de hoy. Ni que decir tiene que estas iniciativas se beneficiaban de un clima excepcionalmente favorable a la epistemología y a la reflexión crítica sobre las prácticas científicas, así como del prestigio y de la convicción de su promotor. Constituyen una buena ilustración de la vocación de Althusser de *porteur* o «mediador» entre los componentes de la universidad.

Filósofo

Llegados a este punto, parece adecuado ofrecer algunas indicaciones sobre la obra personal de Althusser, desarrollada íntegramente dentro de los muros del número 45 de la rue d'Ulm¹². Con independencia del valor y del estilo de su escritura, de su carácter oportuno o intempestivo, su obra debe a esa «localización» una parte de su prestigio. Sin embargo, encontró a la mayoría de sus lectores e interlocutores en un espacio completamente distinto.

¹¹ Partes del curso, editadas por los respectivos conferenciantes, fueron publicadas por Maspero en su colección «Théorie». El conjunto de los originales mimeografiados está depositado en la biblioteca del ENS, así como en el IMEC.

¹² Con la excepción de algunos textos escritos en periodos de vacaciones, especialmente en Italia, y en la casa de campo que él y su mujer habían comprado en Gordes, en la Vaucluse.

Como es sabido, esa obra es cuantitativamente limitada, al menos en lo que atañe a la parte publicada en vida de Althusser (los textos inéditos, más o menos terminados, son numerosos pero no representan, sin duda, la masa que imaginan algunos comentaristas, intrigados por la «desproporción» entre lo ambicioso de los proyectos bosquejados por Althusser y el volumen relativamente débil de sus publicaciones. Subestiman los obstáculos interpuestos a la actividad creativa por los largos periodos de depresión y de recuperación). Buena parte de la misma, como saben los numerosos testigos de su reflexión, fue redactada, siguiendo una pauta habitual, en unos días o incluso en unas horas de trabajo ininterrumpido favorecido por la exaltación, lo que no significa, por el contrario, que no descansara sobre estudios de preparación. Conviene relativizar seriamente las afirmaciones de Althusser según las cuales no habría «leído nada» o que habría tenido una formación filosófica «improvisada». Lo cierto, en cambio, es que Althusser siempre supo aprovechar su excepcional capacidad de escucha y su gusto por la conversación teórica para sustituir las largas investigaciones bibliográficas por los intercambios orales. ¿Por qué leer un libro pasivamente, o esperar a la publicación de un artículo, cuando uno puede hacérselo contar en detalle por boca de su autor, buscando con él el «centro» problemático? Ese «método» conlleva también, por supuesto, riesgos de *quid pro quo*. Se vio favorecido por la instalación de Althusser como residente en la École, donde su oficina ocupaba una posición «estratégica»: a la biblioteca se iba a leer, y a su despacho a conversar. Esto no sólo se aplicaba a los filósofos: ¿cuántos visitantes, amigos y antiguos estudiantes, colegas franceses y extranjeros procedentes de todo el mundo, se vieron así enrolados por un momento en lo que durante un tiempo se llamó –con una expresión recogida del joven Marx– el «partido del concepto»?

Pero volvamos a su propio trabajo. Sin duda, está atravesado por preocupaciones (e incluso obsesiones) constantes, basado en referencias predilectas, orientado por una investigación ininterrumpida. No deja, sin embargo, de estar repartido entre periodos distintos. Si dejamos a un lado los textos de aprendizaje (muy brillantes, como el *diplôme d'études supérieures*, del que Yann Moulier Boutang ha publicado algunos extractos)¹³ y los escritos «de juventud», vinculados en particular a su compromiso con los movimientos católicos, el primer periodo (hasta principios de los años sesenta) puede ser considerado retrospectivamente como una fase de acumulación, que culmina con el libro sobre Montesquieu. Althusser preparaba entonces la tesis de *doctorat d'État* –sobre «Política y filosofía en el siglo XVIII en Francia» y sobre el *Discurso sobre el origen de la desigualdad* de Rousseau–, bajo la dirección de Jean Hyppolite y de Vladimir Jankélévitch. Aunque en 1948 había entrado en el Partido Comunista Francés, siempre se mantuvo al margen de las producciones «oficiales» del marxismo de par-

¹³ El artículo de Althusser, en realidad un libro, «Du contenu de la pensée de G. W. F. Hegel», escrito en 1947, fue publicado en el primer volumen de *Écrits philosophiques et politiques*, París, 1994, editado por François Matheron.

tido (o nunca se le pidió que contribuyera a las mismas), continuando su propia reflexión sobre las relaciones entre el marxismo y la filosofía (en particular sobre la noción de alienación y las tendencias «humanistas» y «antihumanistas» en el pensamiento de Marx), así como sobre el alcance teórico del psicoanálisis¹⁴.

El segundo periodo —el de la década de los sesenta, antes y después de *Para leer «El capital»*, desde su primer artículo «Sobre el joven Marx» hasta la conferencia de 1968, «Lenin y la filosofía»— es el más conocido. Fue también sin duda el de sus obras más fuertes, o al menos las más acabadas (incluso cuando presentan una forma programática, interrogativa). Althusser es el hombre de los ensayos, de las «notas para una investigación», de las *tesis*, que en realidad son hipótesis, en virtud de uno de sus adagios preferidos, atribuido a Napoleón: «avanzamos y luego ya veremos». Son ellas las que imponen las nociones de «lectura sintomática», de «ruptura epistemológica», de «sobredeterminación», de «causalidad estructural» y de «práctica teórica». Son ellas también, guste o no, las que establecen un vínculo estrecho entre las transformaciones del marxismo en el siglo xx, el «estructuralismo» filosófico (como alternativa original al naturalismo y al idealismo trascendental —incluso en su variante fenomenológica—, al logicismo y al historicismo)¹⁵ y, por último, la denominada epistemología histórica «francesa», es decir, racionalista y dialéctica. (Y hay razones para pensar que tal es la fuente del fastidio que se trasluce en muchos juicios actuales acerca de lo que impropriamente se ha denominado *el pensamiento 68*.)

Hace un instante hemos recordado una parte de las condiciones de su elaboración. La insistencia en la dimensión *cooperativa* (que se extiende mucho más allá del grupo de nombres inscritos en determinadas publicaciones colectivas) no resta un ápice de la autonomía del pensamiento de Althusser y de su función de «motor» inicial. Es ésta, por lo demás, una buena ilustración de la tesis de Spinoza (a la que Althusser no dejó de referirse): individualización y cooperación no son términos contrarios, sino correlativos¹⁶.

¹⁴ Lo que conduciría en 1964 al artículo «Freud y Lacan», publicado por primera vez en *La nouvelle critique*, y en inglés en la *NLR* 1/55 (mayo-junio de 1969) [primera ed. cast.: *Freud y Lacan*, Barcelona, Anagrama, 1970]. Elisabeth Roudinesco, en particular, ha ilustrado el papel que este texto jugó en la reorientación de los debates acerca del marxismo, la antropología y el psicoanálisis en Francia.

¹⁵ Uso estas expresiones por mor de la brevedad; es bien sabido que casi todos los protagonistas del movimiento «estructuralista» rechazaron esa descripción en un momento u otro, sobre todo para preservar su propia originalidad.

¹⁶ Esa cooperación encontró una expresión parcial en la colección «Théorie», que fundó y dirigió para la editorial François Maspero desde 1965 a 1980. La colección comprendía libros y ensayos de Alain Badiou, Étienne Balibar, Gérard Duménil, Bernard Edelman, Michel Fichant, Françoise Gadet, Dominique Lecourt, Jean-Pierre Lefevre, Michelle Loi, Cesare Luporini, Pierre Macherey, Jean-Pierre Osier, Michel Pécheux, Pierre Raymond, Emmanuel Terray y André Tosel.

La década de los setenta

La «conmoción» de 1968, experimentada *in absentia*, determinó con retraso en él una actividad de correspondencia y de intercambio a lo largo de la década de los setenta, indisociable de sus múltiples compromisos con las cuestiones relativas al «aparato educativo»¹⁷. Con posterioridad se puso meridianamente de manifiesto que la misma destruyó además buena parte de las bases y de las condiciones de realización del «proyecto» político-teórico formado en la década de los sesenta. El trabajo de Althusser cobra entonces una nueva orientación, pero se torna asimismo mucho más fragmentario. Esto atañe a varios factores, independientes en sí mismos, que terminan constituyendo un «nudo» inextricable. Concibiendo la filosofía no como una especulación, sino como un combate —el *Kampfplatz* de Kant, rebautizado como «lucha de clases en la teoría»—, necesariamente tenía que intentar «rectificar» o «ajustar» sus intervenciones en función de los efectos que habían producido o que él pensaba que habían producido. Ahora bien, al mismo tiempo, toda vez que había adquirido una fama mundial (algunos militantes de América Latina, en particular, le consideraron casi como un nuevo Marx), la presión que sobre él ejercía la inmediatez política se hizo cada vez más fuerte. Se vio implicado personalmente en violentos conflictos de organización, inseparables de desgarros personales. Paralelamente, su enfermedad se agrava, acarreado estancias cada vez más largas y frecuentes en clínicas o casas de reposo, en el curso de las cuales se experimentan con él distintas combinaciones químicas y antidepresivas, de tal suerte que destruyen toda posibilidad de un trabajo continuado.

Desde un punto de vista retrospectivo, y habida cuenta de los acontecimientos que sobrevendrían más tarde, resulta tentador sugerir la idea de que aquellas vicisitudes subjetivas no eran sino una manera de «vivir» las etapas sucesivas de la descomposición del comunismo. Porque Althusser, por más que proclamara en voz alta la necesidad y la autonomía de la teoría, vinculó indisolublemente su actividad intelectual a la perspectiva de una «refundación» de aquel movimiento, a la tentativa de su reconstrucción más allá de su crisis, en los marcos nacional e internacional. Se vio preso, en primer lugar, en los golpes y contragolpes de la escisión entre el comunismo soviético y el comunismo chino, y más tarde en la polémica sobre el «eurocomunismo» y el abandono oficial, por parte del PCF, de la noción de «dictadura del proletariado». Desde lados opuestos se le reprochó, en términos a veces idénticos, su «teoricismo». Las sucesivas autocríticas que llevó a cabo podrían parecer un proceso regresivo e incluso destructivo. Sin embargo, desde un punto de vista puramente filosófico, terminaron destilando los temas de una filosofía de la *contingencia histórica* (no hay «so-

¹⁷ El célebre artículo acerca de «Ideología y aparatos ideológicos de Estado», publicado originalmente en *La Pensée* (junio de 1970) [ed. cast.: *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Visión Libros, 2002], que era un extracto de un texto inacabado e inédito acerca de «Ley, Estado, ideología», da fe de la importancia estratégica que Althusser concedía a la cuestión de la institución educativa de la época.

bredeterminación» sin «subdeterminación») y de la *materialidad de las ideologías* como elemento de toda práctica (incluida la práctica teórica), cuya convergencia virtual bosqueja lo que habría podido ser la doctrina de un «segundo Althusser», radicalizando la crítica de las filosofías del «sujeto constituyente» y del «sentido de la historia» que caracterizara al primero¹⁸. De ahí que toda interpretación reductiva –con arreglo a determinaciones políticas, así como a estereotipos psiquiátricos–, tiene todas las posibilidades de errar el tiro.

Quedaría por describir la actividad de Althusser en el periodo final, especialmente entre el final de su internamiento administrativo y la operación quirúrgica que, en 1987, determinará en él una nueva fase melancólica profunda y prácticamente sin remisión. Cabe hacerse una idea parcial de la misma gracias al texto autobiográfico publicado en 1992, así como de los fragmentos de conversación transcritos y publicados en México por Fernanda Navarro¹⁹. Ahora más que nunca se ve sometido a la alternancia de fases de exaltación y de angustia. Asimismo, estaba atrapado entre la postración en la que le sumía su aislamiento, y el deseo a veces violento de «retirar la lápida funeraria», es decir, la prohibición de expresión pública que la sociedad impone *de facto* a los homicidas, tanto si son considerados responsables como si no. Intentó entonces reconstituir en torno a él un medio de interlocutores parecido al que acogiera en el despacho de la rue d'Ulm. Algunos de sus amigos se prestaron a ello, otros se negaron o, como el autor de estas líneas, intentaron con dificultad encontrar un equilibrio entre lo que creían «razonable» y lo que les parecía «delirante» (o «imprudente»). Es poco probable que los textos redactados durante ese periodo, cuya publicación ha sido anunciada por los herederos de Althusser, contengan *revelaciones* teóricas, pero no hay motivo alguno para excluir que *añadan* algo a su obra y que, junto a otros inéditos, permitan hacerse una idea más justa de las razones de su influencia²⁰.

Política

No intentaré describir aquí en su conjunto la actividad y las posiciones políticas de Althusser, ni explicar los efectos que produjeron o las reacciones que suscitaron en Francia y en el extranjero. Esa cuestión atañe a

¹⁸ Para una bibliografía completa de la producción althusseriana durante este periodo, véase Gregory Elliott, *Althusser. The Detour of Theory*, Leiden, 2006.

¹⁹ L. Althusser, *Filosofía y marxismo*, México DF, Siglo XXI, 1988.

²⁰ Desde que se escribió este obituario se han producido numerosas publicaciones póstumas de Althusser: éstas me llevarían a rectificar lo que este juicio puede tener, aparentemente, de negativo, en particular en lo que atañe al manuscrito «Maquiavelo y nosotros», que data en lo esencial de 1972, recogido en francés en el segundo tomo de los *Écrits philosophiques et politiques*, París, Stock/IMEC, 1995 y traducido por separado en numerosas lenguas extranjeras [ed. cast.: *Maquiavelo y nosotros*, trad. y edic. de Beñat Baltza Álvarez y Carlos Prieto del Campo, Madrid, Ediciones Akal, 2004]; sabemos además que los bosquejos de Althusser relativos a su «última filosofía», denominada «materialismo aleatorio» o «materialismo del encuentro» han dado lugar a un trabajo de interpretación muy activo.

la historia general (y no sólo a la de los intelectuales). Lo que, sin embargo, me parece indispensable, es intentar caracterizar la profundísima incidencia que tuvieron sobre sus relaciones con la École. En muchos aspectos, Althusser, aunque se esforzaba —mediante el pensamiento, los viajes, las relaciones— en no permanecer encerrado en la misma, consideró la École como un *lugar político* (al mismo tiempo «macropolítico» y «micropolítico»). Esto es algo que muchos, entonces y ahora, incapaces de ver hasta qué punto aquella figura era tributaria de una coyuntura de la que era el producto antes que el instigador y de percibir hasta qué punto manifestaba una verdad latente que venía de lejos, no le habrían de perdonar ni en aquel periodo ni con posterioridad. Las relaciones «políticas» entre el docente y la institución académica pueden ser vividas de maneras muy distintas y están preñadas de paradojas incesantes, que podemos advertir ya en la oscilación que engendran entre la tentación de hacer del lugar universitario, y en especial del lugar universitario *cerrado*, un sustituto de la escena política «real», y el esfuerzo para *abrir* lo que era y sigue siendo un marco «privilegiado» de la formación de los intelectuales de profesión a los movimientos sociales, a una comunicación virtualmente sin fronteras entre naciones y entre clases²¹. La reflexión que ello implica dista mucho de haberse emprendido realmente, especialmente en lo que atañe a la imbricación de las coyunturas históricas, las tendencias institucionales y las personalidades individuales.

Como muchos intelectuales de su generación, Althusser entró en el PCF justo después de la guerra. En varias ocasiones escribió que su primera actividad política —además de la campaña por el Llamamiento de Estocolmo— consistió en fundar una sección sindical de los alumnos de la École y en imponer su reconocimiento a la administración. Cuando él mismo pasó a tener responsabilidades administrativas, aunque subordinadas, cabe pensar que, antes que una contradicción irresoluble o la ocasión de un «doble juego» (que en ocasiones le fue reprochado), vio en ello la ocasión de elaborar y de ejercer una concepción original de la política dentro de la institución, muy alejada en realidad del método de las organizaciones marxistas (incluso cuando éstas seguían la «línea de masas»), pero también de la dinámica de grupos o de las técnicas de gestión de empresa, puesto que combinaba una práctica constante de la negociación con la idea de que la institución está atravesada por antagonismos sociales irreductibles. Administrador, docente, pero también militante (y militante ferozmente apegado a su posición «de base»), Althusser se colocó *de facto* en el punto de en-

²¹ Esta tendencia dual se vio acentuada adicionalmente por algunos de los discípulos de Althusser (que no tardaron en volverse contra él), tales como los «maoístas» de 1966-1970, que evidentemente soñaban con convertir la École en una especie de «base roja», conforme al modelo de las fábricas en las que enseguida iban a «establecerse» los más coherentes de entre ellos. Aquel sueño no era, en cierto modo, sino una imagen especular del más reciente proyecto tecnocrático de utilización de las Grandes Écoles como una «base blanca» para el neoliberalismo militante; por lo demás, se acompañaba de una sorprendente reverencia hacia la ENS y su historia como institución.

cuentro de *todas* las categorías de la institución y, en los momentos favorables supo jugar sus bazas con eficacia, teniendo asimismo que pagar por ello en los momentos de crisis personal y colectiva.

Mientras no dejaba de trabajar por la comunicación entre la *École littéraire* y la *École scientifique*, mantenía relaciones de confianza, e incluso de amistad, con los directores o con sus colegas de otras disciplinas, así como con el personal administrativo y de servicios. La «célula» comunista de la que era uno de los animadores, y que al menos funcionaba como un círculo de reflexión sobre los problemas cotidianos o los destinos de la *École*, en gran medida independiente de toda organización exterior²², y al mismo tiempo como un lugar de debates políticos generales y de intervenciones públicas, se revelaba, más aún que otras redes que atravesaban la institución (sindicales, religiosas e incluso artísticas y deportivas), adaptada a ese papel de mediación y de conciencia crítica. Por supuesto, serían necesarios testimonios más precisos para delimitar aquella realidad en el tiempo y apreciar sus efectos sin idealizarlos, así como para saber hasta qué punto era tributaria de otras personalidades distintas de la suya y de los ambientes de la época (por ejemplo, a los de la Guerra Fría, o de la guerra de Argelia, o del movimiento estudiantil antes y después de «1968» o de la «unión de la izquierda»). Sin embargo, en cuanto tal, me parece que se trata de un hecho innegable.

En muchos aspectos, el comportamiento de Althusser en el Partido Comunista Francés no fue diferente de su comportamiento en la educación estatal (o, más bien, en ese sector tan particular y tan atípico de la educación estatal que constituye una escuela «superior», que es también para *todas* las partes implicadas una colectividad, un lugar de vida). Esta comparación me parece al menos tan esclarecedora como la que se ha solido hacer, por regla general y en su caso particular, entre la organización comunista y la Iglesia católica de la que había salido. El Partido Comunista comparte con la Iglesia la perspectiva mesiánica, que incluye la idea de su propia desaparición «inminente», que no es incompatible con la gestión a veces sórdida de las realidades terrenas. Pero creo que no nos alejaríamos mucho de la verdad sosteniendo que, para Althusser, el Partido era, al igual que la *École* (en el sentido general de la institución superior y en el particular), el lugar en el que se demuestra la necesidad material de la institución, en la cual es preciso trabajar constantemente al objeto de su propia transformación. Un lugar en el que se imponen las exigencias contradictorias de la enseñanza y de la táctica, de los análisis y de las relaciones de fuerza, de la acción colectiva relativa a envites nacionales y de la influencia personal. Lo que resulta aún más digno de mención es que Althusser, que no dejaba de practicar la «doble pertenencia», de intentar «intervenir» en la *École* como un comunista y en el Partido Comunista como un *normalien*

²² A pesar de la vigilancia que en ella llevaban a cabo los *missi dominici* de la dirección del PCF, en los años de la «contestación».

y un universitario, nunca *confundió* ambos lugares, nunca amalgamó ambos dominios. Cabe rechazar su estilo y sus opciones, pero no se puede descubrir en su comportamiento la menor huella de «entrismo».

Que la vida intelectual de la École Normale (y a veces sus vicisitudes institucionales) se viera atravesada por todos los debates de la política, que a veces sus alumnos y sus docentes se implicaran a fondo en los mismos, es un fenómeno coextensivo a toda su historia. Sin duda, las décadas entre 1950 y 1980 no representan a este respecto más que una sucesión particularmente rápida de conminaciones y de cambios radicales de situación. De esta suerte, Althusser, comunista original, luego comunista crítico, contestatario pero nunca verdaderamente «disidente», hubo de enfrentarse a la Guerra Fría, a las guerras coloniales, a las luchas entre partidos y facciones, al igual que sus discípulos, sus alumnos o sus camaradas, tomó sus propias opciones (o sus no opciones). Pero se involucró desde la École, y en cierto modo *con la École*. Tal es el «complejo» profundamente ambivalente que apela al análisis y lo dificulta enormemente.

Privado y público

Tal es también el momento en el que, por lo que aquí nos atañe, la referencia a la «enfermedad», a la «locura» de Althusser, no puede ser eludida. Sabemos que los psiquiatras, —que, cabe esperar, saben lo que dicen cuando usan la expresión— denominaron «psicosis maníaco-depresiva» los trastornos cíclicos del estado de ánimo (exaltación/angustia) que padecía Althusser desde su juventud, y en todo caso desde su retorno de la cautividad²³. Los escritos biográficos y autobiográficos nos proponen ahora diferentes elementos de psicología y de historia individuales (relativos a su ambiente familiar, su infancia, sus amistades, su sexualidad, su vida conyugal, etc.) que no abordaré aquí porque carezco de la competencia necesaria para apreciar su pertinencia y su exacto alcance. En cambio, de los hechos se desprende claramente la «correspondencia» que se establece entre la práctica, las representaciones políticas de Althusser, y su residencia ininterrumpida (¡día y noche!) en la École durante más de treinta años. Habida cuenta de que ello se produjo después de cinco años de cautividad, que vinieron inmediatamente después de la infancia y de la vida más o menos «comunitaria» del liceo, cabe sugerir que Althusser, de resultas de una constitución subjetiva personal o dedeterminadas circunstancias (o, con mayor probabilidad, de su coincidencia), fue siempre incapaz de hacerse verdaderamente una «familia» distinta de la de la comunidad *normalienne* ampliada²⁴. Una situación que no suscita juicio alguno

²³ Crisis en el transcurso de la cual, tras seis meses de tratamiento que resultó ineficaz y que tal vez no hizo sino empeorar su situación, Althusser estranguló a su mujer «sin forcejeo». Fue calificado por el especialista como un «episodio melancólico agudo».

²⁴ Podríamos considerar como un síntoma de ese fracaso el momento, a finales de la década de 1960, en el que Hélène Legotien-Rytman, la compañera y futura esposa de Althusser, se

de valor, aunque éste se camufle como juicio de «normalidad» (¿en qué medida la vida de la familia nuclear es más «normal» que la vida comunitaria?), sino que acarrea manifiestamente constricciones y contragolpes que, pese a su virulencia, suelen ser negados. ¿Qué tipo de «comunidad» es (o era, en uno u otro momento) la École? Ésta es la cuestión que la historia de Althusser obliga a afrontar sin ambages²⁵.

Ahora bien, esta cuestión interfiere profundamente con la política. Sabemos ya que los episodios dramáticos que marcaron los primeros años de su empeño comunista (la orden de que se separara de su compañera, considerada políticamente peligrosa por el Partido, que le comunicó la célula de los alumnos de la École; el suicidio de su amigo Claude Engelmann –de la promoción de 1949–, secretario de la célula y biólogo, en tiempos del «*affaire Lysenko*»; la reprobación que cayó sobre Foucault con motivo de su homosexualidad, etc.), involucran todos esa triple dimensión política, familiar o casi familiar, y comunitaria. Sucederá exactamente lo mismo a finales de los años sesenta, cuando el conflicto de Althusser con sus discípulos más cercanos (todos *normaliens* en cierto modo «adoptados» por su mujer y por él) a propósito de la escisión de la Union des Étudiants Communistes, llevará a unos y otros al borde del precipicio. ¿Sucedió algo tan distinto, aunque el drama siempre acechara (a veces lo hizo la comedia) con las actividades del grupo de pensamiento y de «intervención» pergeñado con algunos de sus alumnos y antiguos alumnos a mediados de la década de los sesenta, y que intentó reconstituir en varias ocasiones después de su estallido?

Nada de esto sería inteligible si no comenzáramos rastreando el marco específico de esa comunidad pseudofamiliar que constituía entonces la École para quienes vivían allí constantemente, aunque sólo fuera durante unos años²⁶. Pero nada tendría interés si nos atuviéramos a consideracio-

fue a vivir con él al apartamento de la École, precisamente porque ello parece no ser más que la decisión mundana de una pareja. El apartamento de Althusser era un lugar privado sólo aparentemente. O, más bien, se convirtió, junto con otros, en un lugar de intensa «privatización» del espacio público y, en cuanto tal, en objeto de una «demanda» incesante.

²⁵ Esta cuestión apenas se plantea en el caso de la ENS, mientras que se plantea frecuentemente para los *colleges* de Oxford y Cambridge.

²⁶ Sobre este tema no se ha dicho nada relevante. Hablar, como se ha llegado a hacer, de «comunidad homosexual» es muy inexacto. En efecto, el medio dominante, el de los *homotot-normaliens* y *archicubes* [antiguos estudiantes]– era por definición unisexual (hablo, por supuesto, de la École anterior a la fusión Ulm/Sèvres). Las mujeres que penetran, viven y trabajan en ella (ya sean asistentes, bibliotecarias, *sèviennes* o compañeras...) desempeñan de tal suerte un papel tan ambivalente como importante, máxime cuando la École no tiene nada de conventual (ni de militar) en sus costumbres. La cesura entre la homosexualidad y la heterosexualidad desempeña allí un papel evidente de individualización de las personalidades. Pero la verdadera cuestión está en otra parte: atañe a la articulación inconsciente entre esas costumbres, demarcaciones, evoluciones, y la naturaleza pulsional de los «vínculos» y de los «modelos» que estructuran instituciones como la École, la universidad o la función pública. Reconozcamos que Althusser, al igual que otros, nunca se pronunció sobre esos problemas.

nes psicológicas o psicoanalíticas al uso (Edipo, homosexualidad reprimida, etc.). Lo que está en juego es la incertidumbre de la línea de separación entre lo *público* y lo *privado*, en la que descansa, al menos teóricamente, nuestro sistema de instituciones. Ahora bien, sucede que esa cuestión presenta una particular insistencia en el pensamiento de Althusser, una de cuyas partes esenciales, tal vez la más central, si no la más desarrollada, se organiza precisamente en torno a la búsqueda de un «punto de vista» (punto de vista teórico, punto de vista «de clase») que permitiría analizar el origen, las funciones, las modalidades de la diferencia (¿o diremos, como Derrida, la «*différance*»?) de ambas esferas, y por consiguiente del modo en que ésta domina la posición subjetiva de los individuos y de los grupos.

Por tal motivo quisiera, para terminar, atreverme a plantear una hipótesis. Podremos quedarnos con la imagen de un Althusser organizador de «tránsitos» entre secciones, de las «mediaciones» entre funciones, identificándose con la institución para darse una protección personal (sin duda patógena) contra el «mundo exterior», pero también para intentar abrirla a los conflictos y a las realidades sociales de este mundo, superando los horizontes —en el fondo sólidamente auspiciados— de la «modernización» (la función pública más alta y las carreras políticas, la empresa, la investigación internacional e interdisciplinaria). Dando un paso adelante, cabría sugerir que, situado por el destino (y mantenido indefinidamente por la «estructura») en el centro mismo de las tensiones que suscita la coexistencia de dos lugares distintos e indisociables (un «lugar privado» y un «lugar público») bajo la apariencia de una única institución, intentó sublimar aquella situación aparentemente privilegiada, y en realidad insostenible, para hacer de ella la materia de una elaboración filosófica.

Pero cabe asimismo invertir completamente los términos del problema, y suponer que Althusser investigó todas las experiencias que enfrentaban a aquella situación a sus límites, precisamente para intentar comprender su ambivalencia y su necesidad. De esta suerte, la École no habría sido para él más que un «analizador» de una contradicción mucho más general. Para decirlo con su lenguaje, ésta es, más que cualquier otra institución, el modelo mismo del «aparato ideológico de Estado» que «interpela a los individuos como sujetos».

¿Debe ésta estarle agradecida o guardarle rencor por aquella demostración? Sin duda, muchos de nuestros compañeros, para quienes la École es también simbólicamente una parte de ellos mismos, se plantean la cuestión, a la par que se preguntan si hay que estar agradecidos a Althusser por haber hecho resonar el nombre de la «rue d'Ulm» hasta en las *poblaciones* de Chile o en los campus de Extremo Oriente, o lanzarle un reproche por haberlo manchado de infamia. Pero hoy la cuestión no podría plantearse en términos tan maniqueos. Prescindiendo del hecho de que él mismo pagó un duro precio por sus razones y por sus locuras, es preciso admitir que los tiempos han cambiado mucho: ni la familia, ni la filosofía, ni la docencia, ni la política, ni la comunidad son hoy lo que eran

hace tan sólo quince años. Nadie puede sentirse ya «en casa» entre el *pot*, la enfermería y el *cour du Ruffin*²⁷, nadie podrá imaginarse ya que la suerte del mundo se juegue en un seminario de la sala Cavaillès. De lo que se desprende una mayor libertad y una menor potencia. La cuestión de la «práctica teórica», subjetiva y objetivamente, encontrará tal vez otros lugares, y ciertamente con otros estilos.

²⁷ *Pot*: el refectorio en la jerga de los estudiantes de la ENS, y el *cour du Ruffin*, uno de los patios internos, llamado así por un antiguo profesor de educación física que organizaba ejercicios diarios en el mismo.